



JORGE LUIS MARZO, *La memoria administrada. El barroco y lo hispano*, Katz, Madrid, 2010, 365 pp. ISBN 978-84-92946-26-6.

Define Jorge Luis Marzo el barroco como un ejercicio de prestidigitación, como la inoculación de una memoria basada en la confusión, en la abstracción y el claroscuro. Aunque en la introducción afirma, con palabras de Todorov, que le interesa más el presente que el pasado, lo cierto es que el estudio que nos trae es lo suficientemente riguroso y documentado como para que en ocasiones nos sea dado dudarle, sobre todo al convertirse en ciertos puntos el libro en un *laberinto* de citas, fuentes y documentos extraídos de aquí y allá para fortalecer sus argumentos.

No en vano advierte de esto en la primera cita del texto, a través del extracto de una carta de Walter Benjamin en que avisa de lo pegadizo de lo barroco. Al fin y al cabo, el mensaje final del texto no escapa del “pan y circo” que propusiera César ante la crisis a la que se enfrentó; medida que buscaba integrar en la vida social a los desahuciados, no solucionando su situación, sino incluyéndolos en el espectáculo en que se convertía su mundo como espectadores de una *representación* de muerte —representación que era bien real— para así desviar la atención del desastre político a la diversión frenética.

Así, el autor expone esta integración estética del desheredado que a través de un entramado terminológico y espectacular lleva a configurarle, forzosamente, una memoria parasitaria. Manejamos como términos clave el barroco, la hispanidad, el mestizaje... La cuestión es ofrecer una visión cultural de lo hispano; la prevalencia del hecho cultural frente al educativo con el fin de ofrecer no herramientas ni preguntas, sino disfraces y respuestas.

El claroscuro barroco, sumido en violencia, sentimiento y contradicción —una contradicción tan española que para Unamuno será rasgo identitario—, muestra el enfrentamiento entre la cultura y la educación, que lo es entre tradición y progreso.

La colonización del Nuevo Mundo rompe con lo que antes existiera allí, quema el terreno al que llega y sobre ese solar construye un sistema de dominación. Pero la dominación necesita de la legitimación para ser duradera. Acabada la época heroica de las conquistas es necesario encontrar nuevas herramientas de control del poder, y la más efectiva es la redefinición de la identidad.

Porque las personas que fueron sometidas podían llegar a entender que éste era su destino manifiesto; la llegada del fuego purificador, de la guerra, de los demonios occidentales que incendiaran su tierra para que de ella pudieran resurgir salvados por la virgen de Guadalupe y otras tantas imágenes.

La imposición cultural de una seña identitaria requiere la generalización de la lengua, de la religión, de la imagen: del mito. Y es que la religión parece componer un elemento indisoluble en la cultura española —o esto es parte del guión, del discurso barroquizante—, un elemento unificador que permite la unión de las razas frente a un proyecto común. Es por esto por lo que la lengua pretende presentarse no como utilitaria, sino como trascendente.

Esta es la importancia del mestizaje, un mestizaje unificador que, no entendiendo de razas, puede ser universal, convirtiendo el discurso barroco en articulador de la sociedad.

Así es, el discurso barroco permite pronunciarse a toda la sociedad, participar en el escenario de la vía pública. ¡Ah! Pero no es tan fácil. Porque no es lo mismo el discurso de expresión social que la representación nacional, ejercicio de ventriloquía política. Y de lo que advierte Jorge Luis Marzo es de que el discurso barroco no es para nada desinteresado.

Mientras la representación ha salido del templo a la plaza, y el fausto y el entusiasmo estremecen a los ciudadanos, reunidos en el mercado atónitos ante la recargada y enmudecedora imagen central, no queda una mirada que pueda arrancarse del júbilo popular para observar cómo, fuera del escenario, hay un titiritero moviendo los hilos.

El barroco, dice el autor, es generoso pero elitista. Unifica lo culto y lo popular en su expresión social. Integra hasta parecer ser la forma consustancial de la expresión popular. La élite que lo dirige facilita la despersonalización, la identificación masiva —los medios de socialización masivos son ofertas de este discurso—. Supera el previo control coactivo “dando una función” cultural al anónimo, otorgándole un rol, un papel, una *identidad*.

Vestido para la función, el individuo puede olvidar lo que había antes de la colonización. Ahora está aquí, a punto de representar su papel, sea de agachado o de rebelde, porque ambos entran en el guión propuesto por este discurso de la pedagogía social, de cine, de televisión.

Y es que el discurso barroco tiene una ventaja frente a los demás. Permite la integración hasta el punto de *autointegrarse*. Se retroalimenta. Es autoconsciente. Se puede superar a sí mismo, y su esencia es esta: superarse, reintegrarse, ser cada vez más exagerado y caricaturesco, más histérico.

Los términos que emplea, que fueron entendidos como signos, como sellos que contenían significados, demostraron ser líquidos —incluso viscosos—, pegajosos, caóticos. No se puede atrapar al barroco, no habla por signos, sino por alegorías cambiantes a voluntad. Pero el barroco sí puede atrapar a uno, e incluso acomodarlo.

Se trata del Síndrome de Estocolmo, que el autor relaciona con el malestar en la cultura, tan propio de la modernidad. Y la posmodernidad frente a ella no es el único caballo de batalla, sino que a su lado relincha una sombra, un reflejo, una montura bizarra que es el neobarroco y que tal vez sea lo mismo o tal vez no, pero que es capaz de encantar los espíritus y ofrecer una cultura global, sobretodo cuando se apoya en los elementos antes citados: lengua, religión, imagen.

Y he aquí una prueba de la razón que tenía Benjamin: de cómo uno se mete en terreno pantanoso hablando del barroco y acaba rebozándose en él, hundiéndose y siendo uno con él: es la potencia de la imagen, que se constituye como campo de batalla y cuya muestra más clara tiene lugar en los conflictos iconoclastas en que se llega a dudar si la imagen es un dios o sólo una representación.

Jorge Luis Marzo apunta a la reacción psicológica que tenemos ante las imágenes como si estas fueran elementos reales —no en vano Platón *expulsaría* a los poetas en la ciudad—, y cómo la quema de las mismas representa la destrucción no del objeto, sino del discurso que *representa*. La confusión entre lo que es real y lo que es ficción es la trampa del barroco. Se administra el olvido en la medida en que esta sustitución es efectiva.

Y es que incluso la revulsión contra el barroco puede llegar a ser un impulso del mismo, pues no fueron pocos los que al reaccionar contra esta manipulación terminaron entendiendo el barroco co-





mo idioma propio, como definición de la propia identidad, no pudiendo diferenciar si dicho discurso es un secuestro institucional o una seña de identidad propia.

A este elemento se suma lo lucrativo del acto cultural, que va conduciendo a una fagocitación de la cultura popular por parte del poder que la va legitimando —y, paralelamente, legitimando su control y “protectorado” sobre esta, otra retroalimentación barroca—.

Es, por tanto, el presente, un texto de fuertes contrastes y contradicciones —que no por ello se anulan unas a otras, sino que se integran y acicalan— que trata de advertir sobre la presencia de esos titiriteros tras el telón, de la falsedad de la aparente inocencia del “integrador” discurso barroco.

En su contra cabe alegar una extensión desproporcionada respecto a los velos que levanta, así como ciertas lagunas en que la crítica al barroco se vuelve de hecho barroca. A su favor, que el hecho de que sea difícil decir algo que no haya dicho ya Platón no quita valor a la actualización, y que la labor llevada a cabo es magistral en cuanto a su exhaustiva documentación que permite un estudio detalladísimo del tema.

*Adrián Garzón Ximénez*